

bertadora arundieron su invitación:

—Pueblo cubano, reclamó Fidel Castro, espero que hoy dejes bien alto tu nombre, para que todos los pueblos del mundo sepan respetar tus derechos.

—Trescientos periodistas de toda la América te contemplarán y llevarán consigo la impresión de tu grandeza y dignidad.

—Reunámonos un millón de cubanos para que nada ni nadie pueda apagar nuestro clamor de justicia.

Y el comandante Guevara: —En nombre de los mártires, de los que regaron con su sangre y sus esfuerzos el camino de nuestra liberación nacional, invitamos cordialmente a todos los cubanos, y a todos los extranjeros que sienten con los cubanos, y que combatieron con nosotros, para la gran manifestación popular de reafirmación revolucionaria que se efectuará esta tarde en La Habana.

—Hoy, 21 de Enero, expreso Raúl Castro, apenas iniciada la revolución que por primera vez en nuestra historia ha puesto en tus manos tu propio destino, es necesario que acudas a la gran concentración popular frente al Palacio Presidencial para que expongas a los ojos del mundo tu firme actitud, apoyando al gobierno provisional, a la justicia revolucionaria y la decisión inquebrantable de consolidar tu revolución.

Camilo Cienfuegos habló con su habitual laconismo:

—Pedimos a todo el pueblo de Cuba, en nombre de todos los hombres que dieron sus vidas por la libertad, que asistan a la gran concentración revolucionaria que se efectuará esta tarde frente al Palacio.

Desde las primeras horas de la mañana empezaron a nutrirse los grupos en la avenida de las Misiones y surgieron los primeros cartelones, improvisados sobre pedazos de cartón, con trazo torpe y ortografía defectuosa que revelaba sus características eminentemente populares.

Mientras, en las ciudades del interior, la ciudadanía se agolpaba en las calles principales, reclamando transporte. Se habilitaban toda clase de vehículos: ómnibus, rastras, camiones, carros de reparto... Los propietarios de autos los ponían al servicio de la colectividad. Se empleó todo lo que era capaz de rodar, incluyendo alguna que otra carroza fúnebre, disimulada bajo anchos letreros.

Era, desde temprano, una interminable teoría que llenaba las vías de acceso hacia La Habana. Al cabo de muchos años, las calles de la capital contemplaban de nuevo el paso ruidoso de las viejas "guaguas" abiertas, que se consideraban desaparecidas, y que ahora arribaban procedentes de sitios tan remotos como Guane y San Vicente, con su carga entusiasta de veltabajeros, al viento las telas reclamando justicia.

A partir del mediodía, la capital semejava un desierto con los comercios cerrados y las calles vacías. Parecía como si de pronto se hubiera regresado a los días inciertos de la huelga general en la primera semana del año. Las gentes permanecían en los hogares, pendientes de la radio y la televisión. En muchos barrios se expandía una quieta sensación de ciudad muerta.

En contraste, por las rutas que conducían al Palacio se movía lentamente la enorme caravana popular, en medio de un ruidoso vocerío. El transporte urbano había recesado en un cincuenta por ciento y los habaneros, sin preocuparse del sol y la distancia, marchaban a pie, como un río desbordado, hacia el lugar de la cita histórica.

Idéntico panorama ofrecían el Malecón, la Avenida del Puerto, Prado, San Lázaro, Monserrate, Zulueta, Trocadero. En cualquier punto hacia el cual se volviera la vista se percibía el mismo panorama de miles de cabezas, racimos humanos empujados sobre los camiones en marcha. La mansión ejecutiva, como una roca de cantería, barriada por la creciente marejada.

En la cresta del júbilo afloró el simpático comercio ambulante de símbolos alusivos a la jornada y sus héroes. Había demanda de retratos de Fidel, en negro y en color. Predominaba la estampa conocida de la Sierra, al hombro el fusil de mira telescópica y el fondo de montañas. Empero, se ofrecían también viejas fotos de FC en sus días de estudiante, el rostro mozo y risueño, apenas sombreado por un ligero bigote.

Desde camiones estratégicamente instalados, en tarimas y mostradores levantados en los portales, se vendían refrescos, sandwiches, frutas, aguas minerales. Se pregonaban gorras en negro y rojo, pasadores y distintivos del 26, décimas, vasos, objetos de todas clases, boinas como la que usaban el Che y Raúl.

En la magna concentración se impuso el acento proletario. El acto iba a servir para poner a prueba la autoridad del nuevo equipo dirigente de la CTC, surgido de las filas de la revolución. El movimiento obrero respondió a la cita de Peñalver y San Carlos como no lo había hecho nunca antes, ni en las más nutridas jornadas de los primeros de mayo.

El desfile ceteceísta fue pre-

sido por David Salvador, Octavio Louit, Aguilera, Pellón, Torres, Bécquer, Soto y Planas. Casi todos formaban en la promoción integrada en la lucha clandestina, peleando en un doble frente contra la dictadura y su sabueso sindical, el catalán Eusebio Mujal. Cada uno de ellos podía mostrar un expediente de servicios a la causa libertadora. Las masas, con su presencia, ratificaban a la dirigencia revolucionaria.

Como medida de sana profilaxis ciudadana se dispuso que los textos enarbolados sólo hablarían de apoyo al gobierno provisional, a la defensa de la soberanía nacional y a la demanda de justicia contra los criminales de guerra. Se quería evitar que se deslizaran consignas de matiz sectario, contrarias al espíritu de unidad patriótica de la manifestación.

En la columna proletaria predominaban las alusiones a Mujal. Los trabajadores, por haberlo sufrido, eran los más interesados en pedir su extradición. Algunos cartelones no se limitaban a solicitar su devolución, sino que traducían, en forma elocuente y gráfica, cuáles eran los sentimientos que había cosechado Mujal en 10 años de mandarinato sindical.

Por supuesto, la legión del trabajo no pudo llegar al Palacio. La vanguardia, con sofocante esfuerzo, logró acceso a las zonas distantes de la avenida del puerto. El grueso del desfile quedó aprisionado en Prado. Algunos se desviaron por las calles laterales en un vano esfuerzo por acercarse a la mansión ejecutiva. Docenas de sindicatos quedaron inmovilizados en los alrededores del Parque Central, sin poder moverse. Aún por la Plaza de la Fraternidad y la calle Reina flotaban los letreros cuando ya Urrutia resumía el acto.

Los estudiantes, convocados por la FEU y por la Sección del M-26-7, descendieron por la escalinata rumbo a Infanta. Esta vez no les esperó la cortina de plomo de los esbirros de Salas Cañiza-

res, sino la calle ancha, acogedora y libre. La línea Maginot de la tiranía había sido vencida. La muerte de Rubén Batista, el primer mártir, no fue inútil.

La tribuna presidencial estaba instalada frente a la terraza norte del Palacio, a un nivel más bajo. Allí se encontraban el presidente Urrutia, sus ministros, funcionarios del gobierno y figuras del ejército rebelde, entre las que se contaban los comandantes Raúl Castro, Camilo Cienfuegos y Universo Sánchez.

Los periodistas extranjeros debían ocupar las tribunas laterales. Muchos no pudieron hacerlo. El pueblo, presionado, se desbordó sobre ellas envolviendo a los emisarios del cuarto poder. Los aprisionó una ola contagiosa de entusiasmo.

—Oigan, digan en su país lo que han visto...

—Sólo queremos la verdad... ¡Ayuden a Cuba!

Algunos, en charla con sus colegas criollos, confesaron después que nunca habían asistido a un espectáculo semejante. Se les veía sinceramente conmovidos, saturados del espíritu justiciero que animaba la revolución cubana.

El helicóptero H-10, de la fuerza aérea, todavía luciendo la sigla siniestra de la FAE, volaba a poca altura, haciendo girar sus aspas y azorando bandadas de palomas. Sus tripulantes dominaban el panorama multitudinario. Más de un millón de personas, la sexta parte de la población total de Cuba, apretada en una reducida superficie.

La idea original, siguiendo el viejo patrón de los primeros de mayo celebrados antes del 10 de marzo, consistía en que una vez finalizado el desfile se iniciaran los discursos. Hubo que desecher el plan, no por falta de tiempo, sino simplemente porque ya, desde Prado y Neptuno, no quedaba espacio para mover la columna. Los altoparlantes recogieron y difundieron los pronunciamientos.

—Hoy no venimos los trabajadores cubanos frente al Palacio Presidencial, empezó David Salvador, a demandar consignas específicamente clasistas; no venimos a pedir reivindicaciones de carácter económico o social, porque hoy no es un día de la clase obrera en particular, ni de ninguna clase. Es el día de la patria, es el día de la vergüenza, el día de la justicia, el día de todos los cubanos, el día de pedir ajusticiamiento de todos los asesinos, de todos los culpables, de los que derramaron sangre de hermanos, de los culpables de las torturas, de la persecución y de la violencia desatada por la tiranía.

En otro párrafo:

—El pueblo cubano está demandando con una sola voluntad y con un solo deseo, que no habrá de admitir en ningún momento la ingerencia extranjera en los asuntos cubanos. Hemos alcanzado nuestra mayoría de edad.

En los siguientes turnos hablaron el ministro Luis Orlando Rodríguez; el comandante Rolando Cubela, del DR; el capitán auditor Juan Nuiri, de la FEU; los periodistas Guido García Inclán y Jorge Quintana. El decano de los periodistas tuvo una intervención directa en las invitaciones cursadas a la prensa del hemisferio. Desde la tribuna apeló a sus compañeros de profesión en los países hermanos:

—A los periodistas de todo el



¡Un hombre que tiene pelos en todas partes menos... en la lengua!

(De Venezuela)

continente, a los hombres libres de toda América, damos este ejemplo magnífico de un pueblo que se yergue en defensa de su libertad y su decoro, en defensa de su soberanía y patriotismo. Que regresen a sus tierras para que puedan decir la verdad, para que puedan decir cómo por primera vez en la historia de América un pueblo ha podido realizar una revolución sin trabas... Recogemos la ratificación de este pueblo en su fe, en la causa de la justicia... para que nunca más, a través de esta ejemplaridad justiciera, haya en Cuba ni tiranías, ni dictaduras, ni crímenes ni torturas...

Violeta Casals, una de las voces inolvidables de Radio Rebelde, anunció a Fidel Castro. Brotó un clamor ancho y profundo: "Fidel...! ¡Fidel...!" La multitud, en un movimiento de oleaje, rompió la barrera de los milicianos, llegando hasta el borde mismo de la tribuna. De entre el gentío, los hombres, sacaron a varias mujeres desmayadas.

Y cuando se restableció el silencio que era como un rumor enorme:

—Primera mente quiero pedirle al pueblo que me ayude haciendo silencio, porque hay un millón de personas aquí y no se oyen los altoparlantes. Es muy difícil hablar cuando no se le está escuchando a uno perfectamente bien...

Habló con acento casi de súplica. Había emoción, gratitud, asombro, en el semblante de Fidel. Era evidente, estudiando su expresión, que ni aún en su inquebrantable fe en el pueblo, esperó una respuesta de tal naturaleza. A su lado, Camilo se acariciaba las negras barbas de profeta bíblico.

—No basta con haber asistido aquí. Lo importante es guardar silencio... Vamos a demostrar que es posible que un millón de personas guarden silencio.

Levantó la mano en su gesto característico:

—Compatriotas: Es posible que nuestros combatientes hayan temblado hoy ante esta multitud, como no temblaron jamás frente a las balas enemigas. Aún para nosotros, que tenemos una fe extraordinaria en nuestro pueblo, esta concentración ha superado todos nuestros cálculos. Se dice por los que acaban de llegar que la multitud se extiende desde el Malecón hasta el parque de la Fraternidad. Podemos decir hoy aquí que no hay un lugar en La Habana para reunir a todo el pueblo que apoya a la revolución. Antes había un parque pequeño y sobraba espacio. Esta vez no han alcanzado todos los parques juntos de los alrededores del Palacio Presidencial.

Con pasión:

—Que distinto es cuando el pueblo manda! ¡Qué distinto es cuando el pueblo tiene fe! A pie han venido desde Matanzas y desde Pinar del Río. A pie han venido millares de compatriotas, porque no alcanzaban los vehículos. Hablamos aquí de medio millón de compatriotas y el pueblo dijo: "no, medio millón no, un millón". Y ha venido a resultar un millón y medio... ¡Estoy seguro que si físicamente hubiera sido posible, se habrían reunido hoy seis millones de cubanos!

El comandante en jefe de la Sierra, desde el primero de enero convertido en conductor político, puso énfasis en las esencias civiles del acontecimiento.

—Este acto de hoy es la bata-

lla más hermosa que ha librado el pueblo de Cuba en esta revolución. No es una victoria por las armas: no se ha disparado un solo tiro. Es una victoria mucho más hermosa, es una victoria de la razón, es una victoria de la justicia, es una victoria de la moral... Los que creyeron que nosotros éramos unos simples guerrilleros, los que creyeron que no sabíamos más que tirar tiros, los que creyeron que después de nuestras victorias militares nos iban a aplastar en el campo de la opinión pública, se han encontrado con que la Revolución cubana sabe también pelear y ganar batallas en ese campo.

Y entro FC a considerar la campaña de descrédito desatada contra el movimiento libertador, señalando que mientras el Palacio Presidencial fue "la guarida de un dictador, de un asesino, de un malvado y de un ladrón", no se levantó ningún coro de voces indignadas para denunciar el saqueo y el crimen.

—Campaña contra el pueblo de Cuba, sí, porque quiere ser libre. Campaña contra el pueblo de Cuba, sí, porque no sólo quiere ser libre políticamente, sino económicamente también. Campaña contra el pueblo de Cuba, porque se ha convertido en un ejemplo peligroso para toda la América. Campaña contra el pueblo de Cuba, porque saben que vamos a pedir la anulación de las concesiones onerosas que se han hecho a los monopolios extranjeros, como las de los teléfonos. Porque saben que aquí las tarifas eléctricas van a ser rebajadas... Y ahí están, compatriotas, ahí están algunas causas de esa campaña.

A muchas cuadras de distancia, acaso por los alrededores del Castillo de la Punta, el arribo de nuevos contingentes populares sacudió a la multitud. La presión, como una onda expansiva, vino a estrellarse contra la tribuna. Más allá, la armazón que sostenía la plataforma donde se encontraban instaladas las cámaras de TV osciló como si la azotara un vendaval.

Un hombre joven, sin conocimiento, fue rescatado a unos pies del estrado. Una ambulancia hacía sonar desesperadamente su sirena tratando de abrirse paso, conduciendo a dos mujeres desmayadas. De las ventanas de hierro en los edificios de la Avenida de las Misiones, y de los árboles, sacudidos por el oleaje, cayeron racimos de espectadores. Las barreras de madera se vinieron al suelo y el débil cordón de milicianos quedó diluido en el seno de aquel incontenible océano.

—Compatriotas, Fidel interrumpió el hilo de su pensamiento, es imposible hacer un discurso hoy. Los minutos que yo me extienda en esta tribuna pueden costar vidas... "Voy a sintetizar mis ideas..."

No se trataba de convencer a los cubanos, sino de esclarecer la conducta de la revolución ante la mirada de los pueblos hermanos, acaso confundidos por una propaganda aviesa. Los periodistas invitados iban a ser los portavoces de la verdad. El héroe del Moncada anunció que al siguiente día se sometería al interrogatorio de los enviados de la prensa extranjera.

—Hay en Cuba, precisó, un res-

peto a los derechos humanos como no hay en ninguna parte del mundo. Este pueblo no es un pueblo bárbaro ni es un pueblo criminal. Este es el pueblo más noble y más sensible de todos. Si aquí se comete una injusticia, todo el pueblo estaría contra esa injusticia. Nuestros intelectuales no son insensibles; nuestros periodistas no son insensibles; nuestros obreros no son insensibles; nuestros campesinos no son insensibles, y cuando todo el mundo ha estado de acuerdo con el castigo, es porque el castigo es justo y porque el castigo es merecido.

Hizo una pausa y se llevó la mano a la frente, oprimiéndose los párpados cansados por tantos días de vigilia. Volvió el rostro hacia el comandante Camilo, con quien cambió algunas frases.

—Imaginé, señores periodistas de todo el continente, señores representantes diplomáticos acreditados en Cuba, imaginad un inmenso jurado, imaginad un jurado de un millón de hombres y mujeres de todas las clases sociales, de todas las creencias religiosas, de todas las ideas políticas...

Fue uno de los pocos instantes en que se hizo un silencio absoluto, cuajado de dramatismo:

—...Yo le voy a hacer una pregunta a ese jurado: yo le voy a hacer una pregunta al pueblo. Los que estén de acuerdo con la justicia que se está aplicando, los que estén de acuerdo con que los esbirros sean fusilados, que levanten la mano...

Antes de que terminara la frase ya se alzaba, como un resorte, la respuesta afirmativa. Eran cientos de miles de manos, no sólo dentro del campo visual de la terraza norte, sino por Malecón y Prado, en el parque Zayas, en el Central, frente al Capitolio. A lo largo de la Isla, ante las pantallas de televisión o junto a la radio, otros 5 millones de cubanos, simbólicamente, también dijeron "¡sí!"

Y Fidel:

—Señores representantes del cuerpo diplomático, señores periodistas de todo el continente, el jurado de un millón de cubanos de todas las ideas y de todas las clases sociales ha votado...

Aquel plebiscito colosal hacía ya innecesarias las palabras. El jefe rebelde, en el resto de su pieza oratoria, golpeó vigorosamente sobre todos y cada uno de los argumentos enarbolados en la falaz campaña desatada en el exterior. Habló, a veces, como revolucionario, otras, como soldado, muchas, como abogado, a ratos, con visión bolivariana de los destinos de América.

—Este hombre tiene dimensión continental, comentó un periodista argentino con su colega mexicano.

Como una respuesta a las potenciales amenazas contra su vida, Fidel anunció que pediría la designación del comandante Raúl Castro como segundo jefe del M-26-7. RC, combatiente del Moncada, prisionero político en Isla de Pinos, exilado, expedicionario del "Gramma" y organizador del Segundo Frente Frank País devenía el sustituto inmediato en el máximo liderazgo revolucionario.

Las palabras finales:

—Desde que bajé de la Sierra Maestra he escuchado muchas veces una frase. Miles de personas se han acercado a mí para decirme: "Gracias Fidel, gracias Fidel". Hoy, después de esta extraordinaria demostración, hoy, después de la satisfacción que experimentamos todos nosotros al ver este respaldo del pueblo, hoy al sentirnos tan orgullosos de ser cubanos, y pertenecer a este pueblo que es uno de los pueblos más dignos del mundo, hoy, soy yo, quien en nombre del gobierno revolucionario y de todos los compatriotas del ejército rebelde, quiero decir a mi pueblo: Muchas gracias, muchas gracias...

El acto del Palacio representó la respuesta de Cuba a la infame campaña difamatoria. Nunca antes se habían concertado tantos y tan turbios intereses para afrentar la dignidad de una nación. Sobre el cubano descendieron todos los epítetos.

Se decía que la Isla chapoteaba en un "baño de sangre" envuelta en un frenesí de odios y venganzas. Militares, policías, funcionarios civiles, simples partidarios de Batista, aparecían abatidos por los pelotones de fusilamiento, sin previo juicio, sin investigaciones, sin derecho a la defensa.

El cable difundió la patraña desfigurando los hechos y distorsionando caprichosamente la verdad. Muchas voces hipócritas simulaban horror y asco. La insidia y la mentira, más peligrosas que las bombas de napalm y las roketas de 500 libras, amenazaban a la revolución victoriosa.

Cuba aceptó el reto. En lugar de replegarse asustada, balbuceando excusas, abrió de par en par las puertas de la Isla, para que todos críticos, observadores, periodistas— se trasladaran al escenario nacional.

Fue la "Operación Verdad".

JUICIO

Un criminal de guerra

EL acontecimiento no constituía un caso insólito en los anales judiciales. En el año 1951, cuando sesionaba la famosa Comisión Investigadora del Crimen en el Senado de los Estados Unidos, presidida por el recto congresista Estes Kefauver, las reuniones fueron transmitidas de costa a costa por las grandes cadenas de televisión.

La vida normal en la nación vecina quedó prácticamente paralizada, mientras millones de familias frente a los aparatos de TV, seguían las sensacionales peripécias del evento. Allí Costello, Anastasia, Frankie Carbo, los poderosos zares del crimen, se vieron sometidos a la requisitoria senatorial. Kefauver logró, en parte, descubrir el velo de corrupción y soborno que protegía los intereses del gangsterismo organizado.

El pueblo sano norteamericano vivió horas de sorpresa y de asco, mientras en las pantallas desfilaron los capítos del delito y se descubrieron los siniestros capítulos del Murderer Inc., del tráfico de drogas, y la trata de blancas, todas las turbias páginas del racketismo.

Todo aquello, sin embargo, con ser tan sórdido, revestía contornos casi angelicales si se comparaba con la presencia del ex-comandante Jesús Sosa Blanco ante sus jueces,

en el coliseo de los deportes. No eran acusaciones vagas y genéricas, sino el testimonio, palpitante y vivo, con lágrimas de viudas, angustia de huérfanos, imprecaciones de sobrevivientes.

Fue un espectáculo duro, amargo, cruel. Pero fue también esclarecedor y necesario. Necesario para los cientos de periodistas, huéspedes de Cuba, necesario para el propio pueblo, que tuvo ocasión de conocer, en sus mínimos detalles, hasta dónde llegó la ferocidad de la tiranía vencida. Nadie, después del juicio de Sosa Blanco, podía esgrimir razones valederas para detener la marcha de la justicia.

Porque el verdugo del Oro de Guisa no era el único ni el más sanguinario de los matarifes de Batista. Se le escogió como un sombrío botón de muestra. La noche del jueves 22, en Sosa Blanco se identificaba a la trágica pandilla que durante siete años llenó de dolor y luto a la nación. Era Sosa Blanco, como pudo ser Jacinto Menocal, Esteban Ventura, Pilar García o José María Salas Canizares.

Por primera vez en su breve historia se vio colmado el Palacio de los Deportes, convertido en sala de justicia. El amplio anfiteatro ofrecía un aspecto distinto, con las cámaras de TV estratégicamente instaladas, y la mezcla confusa de soldados rebeldes y periodistas de todo el hemisferio. Se veían, por todas partes, cables, micrófonos, mesas, ametralladoras y barbas.

Los palcos y plateas estaban repletos de público. Afuera, sin poder penetrar por falta de espacio, se apiñaban otros millares de cubanos, ansiosos de formar parte entre los testigos de aquel juicio histórico. Era la siguiente fase en la "Operación Verdad", con la que la Revolución respondía a la campaña de calumnias.

A las 5:30 de la tarde se constituyó el tribunal, integrado por los comandantes, Humberto Sorí Marín como presidente, y Raúl Chibás y Universo Sánchez, como magistrados. Chibás y Sánchez lucían todavía las barbas de las montañas. Sobre la mesa, libretas de notas, un ejemplar del severo código de la Sierra Maestra y un tomo de Leyes de la Revolución Cubana, instrumento supletorio a los 16 artículos de que constaba el reglamento de justicia aplicado en los territorios de Cuba Libre durante la guerra.

Como fiscal actuó otro oficial del Ejército Rebelde, el abogado Jorge Zerquera, cuya juventud asomaba a pesar de la fronda capilar que le cubría el rostro. Como ningún letrado se sintió con arrestos para asumir la defensa del acusado, el tribunal designó de oficio al capitán del Ejército regular, Aristides Dacosta, de baja estatura, delgado, palabra serena y evidente experiencia jurídica.

La presencia de Sosa Blanco fue saludada con una explosión de cólera. Junto con JSB comparecieron el teniente coronel Ricardo Luis Grao y el capitán Pedro Valdés Morejón. Los tres vestían la chamarreta azul de presidiarios. A las espaldas de Morejón y Grao, unas letras "pe" en blanco pregonaban su condición de prisioneros.

Mientras sus compañeros marchaban con la cabeza baja, abrumados por el recibimiento, Sosa Blanco ensayó una actitud arrogante, paseando una mirada de reto por el auditorio y sonriendo provocativamente. Alto y ancho, con un rostro cuadrado, de pómulos salientes, cejas negras y espesas, escaso el cabello que blanquea,



DRAMA CALLEJERO

por SILVIO.

—¡Figúrate que soñó con tiñosa, y hace un mes que no se juegan los terminales!

ba en las sienes, Sosa Blanco, en ciertos momentos, exhibía un extraordinario parecido físico con Pilar García.

Como inicialmente se iban a ventilar las culpas del comandante, los otros dos delincuentes fueron retirados de la sala. Sosa Blanco quedó solo, enfrentado a los flashes de los reporteros y las lámparas de TV. Se advirtió su esfuerzo por aparentar tranquilidad. De vez en vez, alzaba los ojos hasta el público y plegaba los labios en una semisonrisa desdenosa. Cuando el Presidente del tribunal mencionó su nombre, hizo una inclinación de burla y levantó las manos esposadas, aludando a la manera de los pugilistas en el cuadrilátero.

El secretario leyó el acta acusatoria. La relación de tan extensa hoja de delitos provocó exclamaciones de ira. Sosa Blanco, según las denuncias y testimonios acumulados, había recorrido toda la escala del crimen: incendiario, asesino, torturador, ladrón...

—¡Bandido, miserable! —se escucharon voces.

Antes de iniciarse la prueba oral hubo un breve escarceo jurídico entre el abogado defensor y Sorí Marín. El capitán Dacosta solicitó que el tribunal se inhibiera a favor de la Comandancia rebelde de Oriente, en cuyo territorio se habían cometido los crímenes.

—El acusado cometió sus asesinatos a todo lo largo de la isla —resolvió HSM— y, por tanto, este tribunal es competente.

Dacosta planteó entonces que se trajeran al acto del juicio los certificados de defunción de las per-

sonas que se decían victimadas por su defendido.

—Eso es imposible. Todavía se están desenterrando e identificando los cadáveres de los campesinos a quienes asesinó Sosa Blanco.

En realidad, el letrado del Ejército regular estaba cumpliendo honestamente con la obligación que le había sido impuesta y realizando su mejor esfuerzo en beneficio del feroz oficial batistiano. Parte del público, empero, mostró su desagrado.

—Quiero hacer saber —habló con energía el abogado— que en estos momentos estoy cumpliendo mi deber con la misma dignidad que lo hice cuando defendí al coronel Landeira ante un consejo de guerra.

Le apoyó Sorí Marín:

—Pido silencio o me veré precisado a ordenar el desalojo de la sala. El abogado defensor está cumpliendo estrictamente con su deber y ejerciendo sus derechos, que todos tenemos la obligación de respetar.

Se dirigió a Sosa Blanco.

—El acusado ha oído los cargos. Puede abstenerse de declarar si así lo desea, si no, conteste a las preguntas del señor Fiscal.

Sus primeras palabras quedaron acalladas por el inevitable estallido de cólera popular.

—Presiento que las palabras mías no van a ser escuchadas —exclamó—. No vengo aquí a justificarme ni a pedir clemencia. Soy un hombre y todo lo que he hecho es de hombre. Señores, no estoy en el Coliseo de Roma, ni estoy en el juicio de Nuestro Señor Jesucristo. Era militar y combatía a mis

enemigos. Si hubo casas quemadas fue por la guerra, por las balas trazadoras...

Acosado por las preguntas del Fiscal la declaración del Comandante se hizo incoherente. Unas veces asumía actitudes arrogantes, hablando de su valentía, y otras lucía humilde. En general, se abroqueló en una ignorancia absoluta. Nada sabía de los incendios de Levisa, de la matanza del Oro, del exterminio de la familia Argote. A cada pregunta de Zerquera movía la cabeza negativamente.

—Yo no quemé esas casas... Yo no estaba allí... Sosa no es un asesino...

Y empezó el desfile impresionante de testigos. Era un pedazo de Oriente, en su esencia primaria y montuna, que se trasladaba a la capital, bajo la comba del Coliseo deportivo. Eran los famosos "serranos", abnegados y leales, a los que tanto debía el Ejército Rebelde. El acento cantarino, un poco nervioso, los giros del lenguaje, tenían un limpio sabor criollo. La forma de decir señor cobraba en ellos un excepcional valor de timidez y de respeto.

—¿Cómo dice, señor? Sí, señor... No, señor...

Fue el 10 de octubre de 1957, un día de la patria. En las gloriosas montañas orientales los sicarios de Batista festejaron la fecha a su manera.

—Sosa Blanco asesinó a la familia Argote— declaró el joven Antonio Carbonell Hidalgo—. ¡En presencia mía mató a un hombre! ¡Mató también a un soldado!

Concluyó con una frase gráfica: —Y por ahí mismo enderecé!

La expresión lucía pintoresca a tantos meses del sangriento episodio. En aquellos dramáticos momentos el vecindario de Oro de Buycito debió compartir el desesperado afán de huida. La vesania de los hombres de Batista no respetaba edad ni sexo. Aquel sí era un horrendo baño de sangre.

Pedro González relató cómo Sosa Blanco le obligó, junto a toda su familia, a arrojarse de cara al suelo, mientras sonaban las descargas. A los dos días se enteró de la muerte de los Argote.

—¿Pero usted vio cuando los mataron? —preguntó el defensor.

—¿Cómo iba a verlo si estaba bocabajo!

A continuación depuso la joven cita María Jacinta Gálvez Martínez.

—¿A qué se dedica usted? —interrogó el Fiscal.

Y la sorprendente respuesta: —Sosa Blanco... Sosa Blanco.

Era una obsesión. El nombre si-niestro se había grabado en la mente de la muchacha. Sosa Blanco se asociaba a sus terrores de niña, a la muerte de su abuelita, víctima de un colapso cardíaco al conocer el asesinato de uno de sus hijos, a su orfandad y a su miseria. Lo señaló con el dedo:

—¡Ese, ése es el asesino!

A Miguel Lorente López lo salvó su propio miedo. Según dijo, Sosa Blanco lo sacó de su casa en unión de otros nueve vecinos. Los alinearon frente a los fusiles listos para la matanza. Al percatarse del destino que le aguardaba, Lorente López se desplomó sin conocimiento a tiempo que una descarga abatía la fila de campesinos inocentes. Cuando volvió en sí estaba rodeado de muertos.

Al crimen se añadía el robo. Explicó el testigo como a Martín Argote, dueño de una pequeña finca, Sosa Blanco, después de matarlo lo propio de 900 pesos, apoderán-

(Continúa en la Pág. 102)